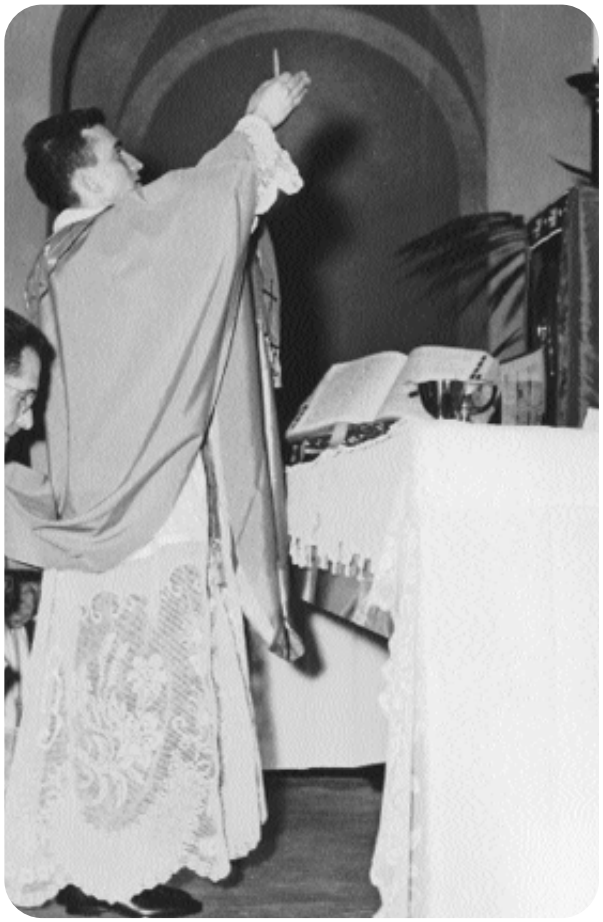
Perlas de la Madre de la Eucaristía

"Movimento Impegno e Testimonianza Madre dell'Eucaristia" - Año XXIII - N. 158

Fiesta del Sacerdocio



La fiesta del Sacerdocio se ha celebrado en nuestra comunidad coincidiendo con el aniversario de la ordenación sacerdotal de nuestro padre espiritual Monseñor Claudio Gatti. Él nos enseñó a amar el sacramento del sacerdocio y a rezar por los hijos predilectos del Señor y por toda la Iglesia.

"Os pido que continuéis rezando siempre y con insistencia por la Iglesia. Si amáis a Jesús Eucaristía, si amáis a la Madre de la Eucaristía, si amáis la Iglesia de Dios Padre, de Dios Hijo, de Dios Espíritu Santo, y, me permito añadir, si amáis al Obispo ordenado por Dios, rezad mucho por la Iglesia. Tenemos que acelerar, si es posible, las intervenciones de Dios y, con esta oración, pedir al Señor que dé fuerza y valor a los honestos y buenos" (De la homilía de S. E. Mons. Claudio Gatti del 16 de diciembre de 2007)

En este número...

Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 15 enero 2006
Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 29 enero 2006
Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 5 febrero 2006
Oración pronunciada por S.E. Mons. Claudio Gatti el 9 marzo 2008

Homilía del 15 enero 2006

I lectura: 1 Sam 3, 3-10.19; Salmo 39; II lectura: 1 Cor 6, 13-15,17-20; Evangelio: Jn 1,35-42

Si queremos distinguir este domingo de los que le han precedido y los que seguirán, podemos identificarlo y definirlo como el de la llamada, de la vocación. De hecho, el primer pasaje sacado del Antiguo Testamento y el tomado del Evangelio de Juan hablan de manera nítida y clara de una llamada. El autor de la llamada, tanto en el primer caso como en el segundo, es siempre Dios, que se dirige a los hombres pidiendo su colaboración para llevar a cabo una misión Suya. Dios continúa llamando a los hombres para que colaboren con Él en la obra de la redención, aunque no tiene necesidad de nadie para llevar a cabo sus planes y sus designios, puesto que Él es infinitamente Omnisciente y Omnipotente. Por lo tanto, Dios no nos llama porque tiene necesidad de los hombres, sino porque, amándonos como un padre, desea que sus hijos puedan colaborar con Él. Por parte de Dios, esto es una señal de amor, de confianza y respeto hacia el hombre. Para que quede claro, quiero reiterar que Dios continúa llamando y llamará hasta el final de los tiempos y aquellos a los que llama se les conoce como profetas. También quiero reiterar una vez más que, en la concepción cristiana y en la concepción bíblica, el profeta no es tanto el que tiene la tarea de anunciar o filtrar, de alguna manera, hechos y acontecimientos del futuro, aunque a veces también hace eso, como hizo por ejemplo Isaías al indicar al siervo de Yahvé, sino que la tarea precisa del profeta es la de hacer respetar e indicar cuál es la voluntad de Dios, o lo que Dios quiere en el curso de los siglos o en el curso de la historia. El que hace esto es el verdadero profeta. Hay personas que han aceptado y después rechazado la misión, porque el encargo está siempre unido a una fuerte dosis de sufrimiento, pero también ha habido profetas, y por ello hay que estar agradecido a cada uno de ellos, que, a pesar del sufrimiento, han llevado a cabo la misión que se les ha confiado con un entusiasmo que nunca ha fallado.

Samuel, en el Antiguo Testamento, es el que en sí, en un cierto sentido, representa a todos los profetas. Es joven y entusiasta y desde que estaba en el seno materno fue consagrado a Dios por su madre que, como sabéis, no podía engendrar hijos, pero con la ayuda de Dios y por Su intervención, dio a luz a Samuel. Aquí, pues, está el entusiasmo: *"Habla, oh Señor, que tu siervo te escucha"*, y en esto me gustaría dar a entender y también indicar cuál es la actitud de todos los que escuchan lo que dice el profeta. En este caso estáis involucrados cada uno de vosotros. Cuando el profeta habla, los hombres tienen que escuchar con el mismo entusiasmo con el que el profeta escucha la voz de Dios. Las personas a las cuales el profeta se dirige tienen que saber acoger, con su mismo entusiasmo, lo que viene de Dios, aunque pase a través del instrumento humano. *"Habla, oh Señor, que tu siervo te escucha"*, éste debería ser la actitud interior que deberíamos tener siempre hacia la palabra de Dios, de manera particular hacia la Sagrada Escritura, hacia el Evangelio, porque es Dios el que habla, enseña y actúa como maestro con sus propios hijos.

En el Nuevo Testamento se describe la gran llamada de los primeros apóstoles. Tenéis que imaginar la escena del Jordán. Juan Bautista continúa su labor de bautizar y sabéis que su Bautismo tiene simplemente un significado de purificación, de reconocimiento de los pecados y de alejamiento de los pecados, no es el sacramento del Bautismo instituido por Cristo. Juan está realizando su labor con más entusiasmo, porque sabe que su misión está a punto de llegar a término. Su misión era la de indicar y preparar el camino al Mesías. El precursor casi había ultimado su tarea con un entusiasmo todavía más grande del que había tenido en los días precedentes, está prosiguiendo su misión, con un coraje aún más fuerte del que demostró al

oponerse a los sacerdotes y a los fariseos cuando los llamó raza de víboras y sepulcros blanqueados. Juan es feliz porque su misión está a punto de finalizar, es el que dijo: *"Yo debo disminuir y Él debe crecer"*, y que manifestó su total adhesión completa a Cristo, hablando a sus discípulos, siempre con entusiasmo.

Ahora hay que hacer una pequeña precisión. Los rabinos, los maestros, en Israel eran diferentes y cada uno de ellos tenía un número más o menos relevante de discípulos que lo seguían. Los discípulos estaban tan aferrados a su maestro que nunca habrían hecho una elección diferente ni se convertirían en discípulos de otros maestros, porque cada maestro trataba de mantenerlos atados a sí mismo. En cambio Juan todo esto no lo hizo, de hecho, dijo: *"Yo debo disminuir y Él debe crecer"*, y lo manifestó incluso cuando hablaba con sus discípulos y cuando indicó, en este joven, que él mismo bautizó, al Mesías esperado por el pueblo. Por lo tanto Juan cumplió su tarea y, cuando levanta los ojos, imaginaos esta escena, y vuelve a ver, a los pocos días que bautizó a Jesús, al mismo Mesías acercándose, da la indicación: *"Eh ahí el cordero de Dios"*. Este es el motivo por el que sus discípulos, Juan y Andrés, van inmediatamente detrás de Cristo, que todavía no los ha llamado, pero ellos Le siguen enseguida porque fue el mismo Juan Bautista el que preparó el encuentro y los invitó a seguir al Maestro. Los dos discípulos de Juan van inmediatamente detrás de Cristo y, tratad de imaginar también esta escena, el Señor está contento porque empieza a llamar a los primeros apóstoles. El Señor ve perfectamente a estos dos seguidores del Bautista que van detrás suyo, sabe muy bien que Juan y Andrés se convertirán en sus discípulos y que a uno de estos, Juan, Él lo amará con un amor particular. Juan es el más joven de los apóstoles, el puro, porque no había tenido hasta entonces, ni tendría jamás, la ocasión de poderse casar. Jesús prosigue y estos dos discípulos van tras él y en cierto momento les dice: *"¿A quién buscáis? ¿Qué queréis?"* Es una pregunta bastante clara pero la respuesta no parece responder a la pregunta de Jesús, de hecho le preguntan: *"¿Dónde vives, Maestro?*, responden, por tanto, con otra pregunta. *"Venid y veréis"*, les dice luego Jesús. Los dos futuros apóstoles de la posición de atrás se pusieron al lado del Señor y avanzaron y Jesús, como hará a continuación con todos los demás apóstoles, comienza a hablar a sus dos futuros discípulos. De hecho, la luz de su palabra se hizo fuerte y penetrante en ellos, por lo que decidieron quedarse el mayor tiempo posible con Él y, en los futuros apóstoles, se destacó algo que pudimos captar incluso en los pastores. De hecho, los pastores que fueron a Belén vieron, como les dijo el ángel, al niño en un pesebre y volvieron a casa alabando al Señor y hablando a todos de él. Por tanto, también los pastores fueron contagiados por el entusiasmo y, del mismo modo, también los dos futuros apóstoles, Juan y Andrés tenían un entusiasmo tan grande porque creyeron en las palabras de Juan el Bautista que les había indicado a Jesús como el Mesías pero sobre todo porque escucharon a Jesús y se convencieron de que era el Mesías. Por eso van a sus respectivos hermanos (Juan de Santiago, como se cuenta en el Evangelio, y Andrés de Simón) y les dicen: *"Hemos encontrado al Mesías"*.

Ahora nos detenemos en la figura de Pedro. Pedro, ciertamente, como cada judío, esperaba al Mesías y esta espera, que ya duraba diversos siglos, se había convertido en demasiado larga. Cuando Pedro oye a su hermano que dice haber encontrado al Mesías, no hace preguntas ni se resiste y también en este particular encontramos al acostumbrado Pedro, que encontraremos en otros episodios, lleno de entusiasmo: Pedro corre y se va, porque a estas alturas también él había sido golpeado por la luz del Señor que había entrado en su corazón. Imaginad cuál debió ser la actitud de Pedro cuando le dijeron: *"Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia"*, imaginad lo que pudo haber sentido Pedro, o mejor, Simón, en aquel momento. El entusiasmo,

la adhesión, la fe y la aceptación de Cristo fue total, no planteó dificultades ni objeciones, no pidió explicaciones sino que aceptó completamente lo que el Maestro le decía con una mirada penetrante, aquella misma mirada de Cristo en la que, de vez en cuando, en el Evangelio se destacan la belleza y la grandeza, como en el caso del joven rico: "Lo miró y lo amó". Esta grandeza de la mirada del Señor permanece, su mirada no se agotó durante su vida terrena sino que continúa obrando y se siente y se manifiesta incluso ahora. En el momento de la celebración de la Santa Misa, cada vez que nos encontramos frente a la Eucaristía, encontramos la mirada del Señor y sentimos una fuerza que brota de la corporalidad de Cristo que penetra dentro de nosotros. Quede claro, queridos míos, quizás no lo pensamos o nunca lo hemos pensado en profundidad pero, cada vez que nos arrodillamos en adoración ante la Eucaristía nos levantamos más ricos y diferentes porque la presencia del Señor en la Eucaristía en cuerpo, sangre, alma y divinidad es tan grande, tan generosa, que el Señor, cada vez que lo encontramos, deja en nosotros un signo de su presencia. Será una gracia, una fuerza, una iluminación porque cuanto más en contacto con Jesús Eucaristía estemos más podremos ser mejores. Esta es la razón por la que toda nuestra vida de cristiano tiene que girar en torno a la Eucaristía, porque sin ella no hay santidad.

Apenas lo menciono, porque el tiempo pasa inexorablemente, pero todo lo que el otro gran apóstol, nuestro amigo, afirma, lo hemos adquirido a través del conocimiento y la lectura de sus maravillosas cartas, todo lo que dice Pablo a los Corintios, es decir, la importancia del respeto del propio cuerpo y tratar al propio cuerpo como templo de Dios y del Espíritu Santo, porque es miembro del cuerpo del Señor, debe ser observado. De hecho este cuerpo, que sentirá el aguijón de la muerte, pero que será despertado a un esplendor particular por el poder de Dios, podrá vivir y encontrarse siempre en el respeto de la ley de Dios solo si en nosotros está presente de manera particular la Eucaristía. Y sabéis que la Eucaristía es la raíz y la fuente de nuestra futura resurrección, la Eucaristía nos da la posibilidad de vivir según la ley de Dios, de comportarnos como ángeles y estar delante de Dios puros y respetuosos hacia los demás.

Queridos míos, todo esto viene del Señor así pues démosle gracias porque nos ha dado la posibilidad de llegar a una santidad que en el Viejo Testamento no era ni siquiera pensable, por el simple motivo que la santidad es la presencia de la gracia de Dios en nosotros. La persona más santa es María, la llena de gracia, la que está más cerca de Dios, nosotros no podemos llegar a su altura espiritual, pero podemos colocarnos detrás de ella y, tomando ejemplo, tratar de avanzar y llegar a aquella santidad que es la llamada de todos.

Hemos dicho al inicio que hoy es la jornada de la llamada, pero hoy se puede decir también que es la jornada de la llamada a la santidad. Todos somos llamados a convertirnos en santos, algunos pueden ser llamados a convertirse en sacerdotes, otros a ser religiosos, otros pueden ser llamada a la vida matrimonial, otros también a la vida de celibato en el mundo. Son llamadas diversas pero todos somos llamados, igualmente, a convertirnos en santos y podemos hacerlo. Nada es imposible para Dios y si Él nos dice que es posible ser santos, debemos creer en ello y seremos capaces de captar la certeza de esto cuando nos encontremos todos juntos en el Paraíso, donde recordaremos el deseo que dio el Señor: "*Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial que está en los cielos*".

A gloria de Dios, por nuestra salación y el renacimiento de la Iglesia. Amén.

Homilía del 29 enero 2006

I Lectura: Dt 18,15-20; Salmo 94; II Lectura: 1Cor 7,32-35; Evangelio: Mc 1,21-28

Hoy tomaré las ideas de las lecturas, para exponeros un argumento nuevo, del cual no os he hablado nunca.

El Apóstol Pablo, en su segunda lectura, sacada de la lectura a los Corintios, me ofrece un motivo de reflexión: *"Yo os quisiera libre de preocupaciones"* (1Cor 7,32); es claramente un condicional, San Pablo sabe bien que tanto los que se dedican al Señor como lo que se casan tienen preocupaciones ya que forman parte de la vida. Nosotros deseamos a los que queremos que vivan serenos y tranquilos, sin preocupaciones, pero somos los primeros en saber que esto, mientras estemos en la Tierra, es imposible.

De hecho, la preocupación es inherente a la misma naturaleza humana, porque cayó tras el pecado y aparece en la historia como enferma y débil. Las enfermedades, sean las que sean, y la muerte son consecuencia del pecado y, tarde o temprano, preocupan a todos. El Señor en Su bondad y en Su misericordia ha venido a hacer frente a estas inquietudes nuestras, que conciernen a la enfermedad y a la muerte, precisamente para ayudarnos a vivir del mejor modo, a superar los motivos de aprensión y tener la fuerza de llegar al encuentro final con Él de la manera más oportuna.

Os he dicho que os hablaría de un argumento del cual, al menos en mi memoria, no he tratado nunca. Tengo la intención de hacerlo hoy, hablándoos de la Unción de los Enfermos, ya que ayer impartí este sacramento a Marisa: fue la misma Virgen la que lo recomendó, ya que las condiciones de salud de nuestra hermana se agravaron de improviso.

Sé lo que pensáis en vuestro corazón y ahora podríais agitaros. Algunos ya lo sabían pero es justo que hoy lo sepan todos. Formamos parte de la misma comunidad y cuando alguno de nosotros se encuentra en tales situaciones está bien que toda la comunidad lo sepa, para acompañar con la oración, para mostrar afecto y comprensión.

Comprensión: es esta la palabra exacta que debo atribuir a Jesús. ¿Cuál ha sido la actitud de Jesús hacia el enfermo? Si abrís el Evangelio y pasáis las hojas incluso rápidamente, os encontraréis muchas veces con los grandiosos milagros realizados por el Señor. Cierto, como dice el Evangelista Juan, los milagros son signos que Él es Dios, porque solo Dios puede resucitar a los muertos, solo Él puede sanar personas que tienen enfermedades incurables y todo esto Jesús lo ha realizado. Sin embargo, es también verdad que el Señor intervino a favor de los enfermos curando a muchos impulsado simplemente por Su amor, por la misericordia y por la compasión: Él se conmovió hasta las lágrimas ante la tumba de su amigo Lázaro y durante el cortejo fúnebre del joven hijo de la viuda de Naim.

El Señor por tanto ha querido que este amor suyo, esta delicadeza suya y la preocupación hacia los enfermos, permaneciese en la Iglesia, entre los que él llamaría para ser sus ministros. Instituyó el sacramento de la Unción de los Enfermos, para que se continuase teniendo una actitud respetuosa y afectuosa hacia el enfermo. Marcos el evangelista hace una breve, casi apresurada mención de este sacramento, pero quien habla extensamente es el apóstol Santiago. Tenemos que tener presente que la enseñanza de un apóstol en la Sagrada Escritura forma parte de la revelación y por tanto tiene que ser aceptado y creído con fe. ¿Por qué este sacramento? ¿Cuáles son sus efectos? La Unción de los Enfermos genera gracia, la gracia de estar unidos al Señor; genera fuerza, la fuerza de ser capaces de soportar las enfermedades y el sufrimiento. El sufrimiento da miedo, el Señor lo ha probado, lo ha experimentado, por esto se ha puesto al lado del enfermo, para vencer el miedo de quien está sufriendo; así ha instituido un sacramento que da fuerza, equilibrio, calma y serenidad.

He usado la expresión: *"Unción de los Enfermos"* que hoy es la recurrente en los textos del catecismo, pero rechazamos la otra expresión "*Extremaunción*", que puede generar miedo y desesperación. Cada sacramento es un signo del amor misericordioso de Cristo, por tanto tiene que

ser amado porque fue instituido y querido por Jesús. Todos los sacramentos son efecto y consecuencia de la muerte y de la pasión de Jesús; pasan a través de Su costado, salen de Su costado. La Unción de los Enfermos tiene que ser aceptada bajo esta luz y no vivida solo en función de la muerte; a veces la Unción de los Enfermos tiene la capacidad, por voluntad de Dios, de restituir la vida.

Ayer Marisa se estaba muriendo y hoy habéis oído que la Madre de la Eucaristía, en la carta de Dios, ha dicho que había superado aquel momento crítico; Dios ha querido esto, se ha servido de esto. No creo que haya permitido todo esto para que os hablase a vosotros, pero ciertamente esta experiencia ha sido para mí un impulso a haceros conocer y aceptar, en la luz de la redención y de la resurrección, el sacramento de la Unción de los Enfermos.

Para nosotros, de hecho, la última palabra que hay que atribuir al hombre no es *"ha muerto"*, sino *"ha resucitado"*. La muerte es una realidad inapelable, que todo hombre encuentra y experimenta, pero no es la última, lo es la resurrección es el triunfo de la redención que se realizará en la resurrección de la carne.

Entonces empecemos a ver este sacramento de manera diferente, con ojos diferentes, ya que no está destinado únicamente a quien está a punto de morir. Probablemente nadie lo ha hecho nunca pero es suficiente tener un estado de salud precaria, que preocupa, como por ejemplo someterse a una operación arriesgada, para recibir la Unción de los Enfermos.

Cuando se llega a una edad avanzada se puede recibir este sacramento, tanto es así que estoy pensando en darlo incluso públicamente, siempre si vosotros lo deseáis, a las personas ancianas, que tienen una salud precaria, justamente para hacer comprender lo importante que es y lo hermoso que es vivir bajo otra luz. Es un consuelo, una ayuda, es el Señor que se acerca, se inclina hacia quien sufre.

Por tanto insertemos en nuestra catequesis, en nuestra laboriosidad, en nuestra programación, también este sacramento, que podrá ser dado públicamente aquí y dar a todos aquellos que tienen una edad para la que se supone que están más cerca de su muerte.

Ahora me gustaría daros una última y clara indicación. Nosotros rezamos por muchas intenciones, algunas son sugeridas por la Virgen, otras por las necesidades de la vida, pero sería hermoso, sería una manifestación de amor y de caridad si, durante un día, dirigiésemos, por un breve instante, un pensamiento y formulásemos una oración para todos los que en la jornada serán llamado por el Señor a presentarse a Su tribunal.

Cada día mueren millares y millares de personas, ¿no es este un hermoso acto de caridad? Yo no pido una larga oración, son suficientes un Padre Nuestro, un Gloria al Padre y una Ave María con una jaculatoria final. Quién sabe si muchos de ellos se convertirán, gracias a nuestras oraciones, así cuando llegue nuestro turno, y deseo que todos vayamos al paraíso, serán los primeros en acogernos.

Recordad que ésta es una de las enseñanzas de la Virgen: Dios, incluso después de la muerte, da todavía una ocasión de salvación a todos los hombres. ¡Pensad qué bueno es Dios! Si alguno muere y durante su vida terrena no se ha arrepentido, no sabemos si luego se ha salvado, porque antes de presentarse al tribunal divino, el Señor concede todavía a todos una ocasión para salvarse y arrepentirse. Éste es el amor de Dios y Su misericordia, éste es el efecto de la gran Redención. Entonces es en aquel instante en el que muchos se juegan la eternidad, así una breve y pequeña oración nuestra es el bien más grande, es el regalo más grande para empujar y animar hacia la salvación eterna a las almas que no conocemos y que por nuestras oraciones encontraremos un mañana en la alegría eterna del Paraíso.

Pensad en estas cosas, vivid en la serenidad y tanto como sea posible en la paz. Sea gloria eterna a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo.

Homilía del 5 febrero 2006

I Lectura: Gb 7,1-4. 6-7, Salmo 146, II Lectura: 1Cor 9,16-19. 22-23, Evangelio: Mc 1, 29-39

Los pasajes tomados de Pablo y del Evangelio de Marcos tienen que estar intrínseca e íntimamente unidos y veréis que, de la lectura del uno y del otro, surge algo sumamente importante que, incluso hoy, conserva su profunda actualidad en toda la Iglesia. Probablemente, y empezamos por el pasaje del Evangelio, hasta ahora se ha destacado exclusivamente la actividad taumatúrgica del Señor. De la curación milagrosa de la suegra de Pedro lo sabían muchas personas, tanto es así que parientes y amigos de muchos enfermos y endemoniados llevaron a sus seres queridos a Jesús para que los curara. Jesús va al encuentro de las necesidades, sufrimientos y tormentos de estas personas curándolas y expulsando los demonios. Los demonios tratan de romper aquel silencio mesiánico que Jesús se impuso a Sí mismo y a los apóstoles. El silencio mesiánico consiste en que aún no ha llegado el momento de que Cristo se presente como el Hijo de Dios. Por la mentalidad judía será justamente esta afirmación la causa de la condena de Jesús por parte de los sumos sacerdotes y del sanedrín. Esta afirmación era, de hecho, incomprensible, además era considerada una blasfemia. Pues bien, los demonios se manifiestan y dicen: *"Tú eres Hijo de Dios"*, pero cuidado, no por un acto de homenaje hacia Cristo sino para confundir a las personas y ponerlas en contra de él. Esto, de hecho, no debe verse como una afirmación positiva por la que incluso el demonio reconoce a Jesús como Hijo de Dios, sino como un intento inteligente y diabólico de crear confusión en torno a Cristo. Si Cristo hubiese consentido y permitido a estos demonios continuar afirmando *"Tú eres Hijo de Dios"*, incluso los discípulos, que acababan de iniciar su formación, habrían tenido dificultades para comprender, se habrían confundido. Muchos enfermos se curan, pero no es este aspecto sobre el que yo quiero detener mi atención y la vuestra, sino sobre lo que sucede al día siguiente de las múltiples curaciones milagrosas realizadas por el Señor. Otra persona, en el lugar de Cristo, ¿qué habría hecho? A estas alturas ya estaba consolidada su fama de gran taumaturgo y multitud de personas se habían unido a su alrededor y muchas otras se habrían unido a ellas, si hubiera continuado su labor taumatúrgica. El Señor, en cambio, se sustrae a este abrazo afectuoso pero un poco interesado; de ahí que los sacerdotes, que tenemos la misión y el mandato de anunciar el Evangelio, hemos de tomar ejemplo con humildad y gratitud. Jesús es Dios, puede hacer milagros en toda ocasión y todas las veces que Su voluntad lo decida. Ninguna enfermedad puede estar en condición de no poder ser erradicada por el Señor. Jesús lo puede hacer todo pero quiere hacernos comprender que, más que la curación física y la liberación de los demonios, lo que cuenta es la predicación. De hecho Jesús dice: *"Tengo que predicar en otras partes"*. Y ésta es la misión de Cristo: predicación y redención. Siempre hemos dicho que la redención consiste en la pasión, muerte y resurrección porque éste es el sacrificio eucarístico, pero a esto ahora tenemos que añadir la predicación. No puede haber redención, sacrificio eucarístico y comunión si no hay predicación. Es esto lo que el Señor quiso resaltar y que, a menudo, los sacerdotes en nuestras homilías hemos dejado de lado porque nos enfocamos en lo que más afecta la inteligencia, la sensibilidad y la imaginación de las personas. Mirad también nuestra experiencia y comparadla con otras donde, como ha ocurrido en este lugar taumatúrgico, ha habido manifestaciones de la presencia y de la acción de Dios. Aquí el Señor, directamente y a través de Su

Madre, ha hablado muchísimo y esto ha molestado. Hemos llenado volúmenes y volúmenes de mensajes en los que han hablado la Santísima Trinidad, la Madre de la Eucaristía, los Apóstoles, San José y otros Santos. Ésta es la palabra que Dios continúa dando a los hombres, no para suplir a sus enseñanzas sino para hacer que la gente acepte y comprenda lo que los hombres aún no han entendido, incluidos los que están en los altos cargos. Por ejemplo, sabemos lo fuertemente que Jesús y María han estado siempre unidos y no es posible pensar que el Hijo se haya olvidado de Su Madre; la Madre del Verbo y de la Eucaristía han estado siempre unidos íntimamente por el amor y el respeto.

Pero volvamos al punto central: el Señor nos hace comprender que su tarea es la de predicar. Entre la predicación y la sanación, es la primera la que tiene que prevalecer, entre anuncio y milagro, es el anuncio de la Palabra la que debe primar. Nosotros, por desgracia, hemos desorientado a los cristianos, habiendo puesto la atención y el énfasis sobre los milagros, porque atraen. Un corazón que se abre a la Palabra de Dios y que es transformado por ella no se nota mientras que una persona enferma que luego se cura impresiona más; para Dios es más importante que una personas se abra a su Palabra antes que recupere la salud gracias a su intervención. La Palabra es para la vida eterna mientras que la salud es para la vida terrena, pero ésta última, tiene una importancia limitada al ciclo de la vida natural.

El que, de todos, estuvo más cerca de Cristo, a pesar de no haberlo conocido durante su vida terrena, es Pablo. Y eh ahí que Pablo, en este pasaje, tiene presente lo que dijo Cristo: *"Es necesario que yo predique en otras partes"*, y se coloca a sí mismo como el que tiene el deber imperioso de predicar. No es una gloria el predicar sino un deber de todo sacerdote, obispo y del mismo Papa que deberían anunciar siempre el Evangelio y la palabra de Dios. Antes de pronunciar discursos abstractos o de contenido demasiado terrenal, el verdadero sacerdote tiene el deber urgente, porque esto se evidencia en la Palabra de Dios, de predicar y anunciar el Evangelio. Esto lo han de hacer todos los que están verdaderamente unidos a Dios.

Nadie puede acusarnos de no dar a la Palabra de Dios la justa importancia: los encuentros bíblicos, las catequesis y las homilías son siempre alimentadas y basadas sobre la Palabra de Dios, son raras las citaciones fuera de la Sagrada Escritura. Tengo el deber de predicar, y ¡ay de mí sino predicase el Evangelio! ¿Por qué todo esto no es vivido verdaderamente por los sacerdotes? Si cada sacerdote lo hubiese hecho, la situación en la Iglesia sería diferente. Es triste tener que reconocer que, incluso hoy, personas cultas según la cultura humana, son profundamente ignorantes según la formación cristiana. Recuerdo, y fue para mí una experiencia dolorosa y negativa que, cuando en aquellos momentos en los que la atención pública se centraba en este lugar, los muchos periodistas de varios periódicos que vinieron a conseguir una entrevista, vivían en la ignorancia. Hablaba y no comprendían, describían los acontecimientos y eran incapaces de escribir tanto es así que, más de una vez, dije: *"Perdonad, pero ¿por qué no mandan personas con las que sea posible hablar?"*, aunque a veces iban a la Iglesia y continuaban asistiendo, no sabían casi nada.

Lo bonito que Pablo señala es que yo, como sacerdote y obispo, tengo que predicar y no tengo que esperar una recompensa por eso, porque es un deber mío en cuanto que Cristo me ha llamado y me ha dado este encargo y, ya que no es una iniciativa mía, no puedo pretender una recompensa de ningún género.

Ahora detengámonos un instante y hablemos de aquellos a los que se anuncia la Palabra de Dios. Vosotros, ahora, tenéis una cierta preparación y, por lo tanto, podréis seguirme incluso con cierta facilidad, pero tanto para vosotros, para renovar el compromiso, como para los demás a los que dirigís la invitación a conocer a Cristo, ¿qué podéis decir, qué podéis hacer? Escuchar con atención, con respeto y en silencio el Evangelio. Cuántas veces la Madre de la Eucaristía nos ha invitado a leerlo, porque allí lo encontramos todo. En cambio, sucede que leemos de todo, a veces también revistas tontas, pero es raro encontrar personas que, en la intimidad de su casa o en el silencio de la Iglesia, tengan en la mano el Evangelio y lo lean. Comprendo que puedan encontrar dificultad, puedan encontrarse en condición de no comprender, pero los sacerdotes ¿qué hacen? En el caso de que vayáis y se nieguen a ayudaros, podéis citar exactamente este pasaje de Pablo a los Corintios y afirmar que es su deber anunciar y dar a conocer la Palabra de Dios; pero esto no lo hace nadie, por motivos de comodidad y por falta de compromiso. Sabed que si hasta ahora hemos destacado los deberes de quien anuncia, ahora estamos hablando de los deberes del que escucha. Tenéis el deber de ser informados y de conocer la Palabra de Dios de la manera más adecuada. Si los sacerdotes no lo hicieran, tenéis el derecho, con respecto a ellos, de hacer la susodicha corrección fraterna. Es su deber y si no lo hace Dios le pedirá cuentas por haberse negado a realizar una determinada tarea suya. Si después, a pesar de todo (no hablo de vosotros que frecuentáis un lugar donde la Palabra de Dios es amada y respetada), otros que no se encuentran en vuestra misma situación y condición, incluso pidiendo y denunciando, encuentran desatendidas sus peticiones, invitadlos a leer igualmente la palabra de Dios. Cuando no hay ayuda humana, el Señor, si quiere, puede intervenir directamente y hacer comprender lo que se está leyendo en el Evangelio. Hoy, habéis oído hablar de aquel momento y aquella experiencia en el Jordán. Mirad, así hace Jesús: os toma por el brazo, pone su brazo sobre vuestras espaldas (porque Él es alto, hermoso, imponente) os estrecha hacia Sí, os hace sentir el latido de su corazón y os habla. Esto es lo que tenéis que pensar. Depende de vosotros acurrucaros entre Sus brazos, mirarle a los ojos, escuchar Su Palabra que es la misma que él pronunció hace dos mil años y que es perenne, eterna y válida hasta el final de los tiempos. Amad la Palabra, amad la Escritura, amad el Evangelio, conocedlo, ponedlo en práctica y solo entonces podréis afirmar: *"Yo soy verdaderamente un discípulo de Cristo"*. Cuando se conoce a Cristo se le ama, sino no se conoce no se ama. Pero recordad que como el amor es inagotable en su continuo ascenso, así también el conocimiento del Señor es continuo. Yo puedo decir que, hoy, conozco a Cristo mejor que el año pasado y, el año próximo, si Dios quiere, Lo conoceré más que hoy. El conocimiento del Señor, incluso a través de la lectura de la Escritura, aumenta y se califica en el tiempo, en la sucesión, en la cadencia del tiempo cuando hay amor, unión con Él y la asistencia del Espíritu Santo.

Este es el caluroso consejo que os ofrezco, la fuerte recomendación que os hago porque en esto consiste nuestra vida, nuestro estilo: conocer a Cristo para llegar a amarle, llegar a conocerLe como Palabra y poderlo amar así como Eucaristía.

Sea alabado Jesucristo.

Oración pronunciada por S.E. Mons. Claudio Gatti

9 marzo 2008

Jesús Eucaristía, Dios, Hermano nuestro, en este momento Te doy las gracias y manifiesto gratitud porque nos has dado una vez más la alegría y la posibilidad de elogiarte, de cantarte y de alabarte. Para nosotros, criaturas tuyas, elevadas a la dignidad de hermanos por mérito tuyo, es un orgullo poder alabar, adorar, hacer triunfar la Eucaristía y hoy, más que nunca, este agradecimiento se extiende a los cuarenta y cinco años de mi vida sacerdotal: 9 de marzo de 1963 – 9 de marzo de 2008, cuarenta y cinco años de sacerdocio. Te doy gracias porque, como Tú me has dicho y hoy lo repito humildemente ante mis hermanos, en estos cuarenta y cinco años me has asistido, ayudado, protegido y sostenido de tal manera que, sonrojándome ante el pensamiento de mi debilidad, pero regocijándome al pensar en la tuya Gracia, puedo darte gracias Jesús porque nunca te he traicionado en todos estos años.

El 9 de marzo de 1963, un joven, a los pies del altar, emocionado y conmovido, mientras los demás cantan las letanías de los santos, estoy hablando contigo, Dios mío y no sabía que en aquel momento, porque me sentía indigno de tanta predilección y me era imposible pensar en ello, la Madre de la Eucaristía estaba allí, a mi lado, rezando por mi junto a Marisa. Aquel día Tú me dijiste: *"Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec"* y a Marisa: *"Tu vocación no es un sacramento, pero sostiene el sacramento"*. En los años siguientes nos hiciste comprender que, para que sea eficaz, la acción sacerdotal debe tener a la víctima a su lado y durante estos cuarenta y cinco años el sacerdote y la víctima han unido sus esfuerzos, su amor, puro, casto y sincero. Nos has dado muchos dones y ahora, después de cuarenta y cinco años, te presentamos los frutos de nuestro trabajo, encerrados en una única y gran moneda de oro con incrustaciones de piedras preciosas. El oro representa el amor que nos has enseñado a vivir y a practicar y las piedras preciosas representan los sufrimientos que bajo diversos nombres nos has dados, sufrimientos necesarios para hacer triunfar la Eucaristía, la Madre de la Eucaristía y, finalmente, hacer renacer la Iglesia. Este tríptico de obras, acciones y compromisos nos hacen temblar, pero ya se han cumplido dos tercios de ellos porque Tu gracia no nos ha abandonado nunca y ahora Señor, estamos, espero, en la inminencia del tercer triunfo, el triunfo de la Iglesia. Nos han condenado y acusado de no amar a la Iglesia, pero yo aquí delante de Ti no tengo temor de afirmar que nadie como Marisa y yo han amado tanto a la Iglesia. Puedo decir es porque Tú lo has dicho todas las veces que nos has agradecido por todo lo que hemos hecho, hacemos y haremos por la Iglesia, que es nuestra madre y para nosotros es un sufrimiento, lamentablemente, verla todavía hoy ofendida y humillada por quienes deberían defenderla y servirla. Oh Jesús Eucaristía, cabeza y fundador de la Iglesia, yo te la recomiendo, la pongo en la herida desgarrada de Tu pecho, allí podrá ser custodiada, revitalizada y exponer vigorosamente para volver a ser luz, guía, consuelo de todo el mundo. Solo Tú, Señor, puedes hacer que el rostro desfigurado de la Iglesia sea joven, hermoso, luminoso y brillante.

Jesús, Hermano nuestro, dicen que Tu vida ha durado unos treinta y siete años y también nosotros nos acercamos al umbral del trigésimo séptimo año de la misión. Esto nos da esperanza; treinta y siete años de la vida del Mesías, de Cristo, de Jesús Eucaristía y, perdóname, no es presunción, pero permíteme acercar a tus treinta y siete años nuestros treinta y siete años, en los que hemos saboreado toda la amargura y la hiel que la Iglesia en sus ministros, indignos de llevar este nombre y el mundo nos ha hecho gustar.

Para la segunda lectura de la Misa de hoy he escogido el maravilloso, vibrante y apasionado pasaje de Pablo en el que con sinceridad y sufrimiento, relata todo lo que ha sufrido por Ti. Si Marisa y yo tuviésemos que hacer lo mismo, y permíteme decírtelo con franqueza y sin presunción, quizás no nos bastarían las líneas que usó Pablo. Si Tú has dicho que ningún santo ha sufrido tanto como nosotros, lo que digo es correcto. No es presunción, porque Tú has dicho siempre que la humildad es verdad y Tú sabes que la mentira, el engaño y la falsedad son repugnantes.

Jesús Eucaristía, hoy además de la Iglesia te encomiendo a todo el clero; Tú en este momento, porque eres Dios, puedes mirar en el corazón de cada sacerdote, dese la autoridad más alta a la más pequeña y nos hiciste mirar también a Marisa y a mí en el corazón de estos sacerdotes, pero, como Tú, nos hemos retirado horrorizados y asustados. ¿Cómo es posible, Jesús, que tus sacerdotes hayan caído tan bajo? Devuélvelos a esa pureza de vida, a esa generosidad de existencia, al amor sufrido y crucificado indispensable para los pastores. Jesús, yo, pequeño siervo tuyo, y a mi lado en este momento la Madre de la Eucaristía, San José, la abuela Yolanda, Marisa, todos los ángeles, mis hermanos, mis hermanas, mis hijos, todo el Paraíso y los hombres buenos y honestos de la Tierra, ante Ti, Dios Papá, Dios Hermano, Dios amigo, nos inclinamos y clamamos: *"Dios mío, salva la Iglesia y hazla renacer"*.

Bendice, Dios Papá, Dios Hermano, Dios amigo aquella carta que me pediste que escribiera. Mientras la escribía sentía que estabas allí conmigo, casi me sugerías las palabras, o mejor, me sugerías las palabras porque Tú sabes, y no puedo ocultarlo, que estando muy cansado y ocupado con tantos problemas, humanamente no habría podido escribir lo que escribí en poco tiempo y de manera clara e incisiva. Queremos, Jesús, al menos cerrar la herida de los sacerdotes que te ofenden al ir contra el sexto mandamiento. La Virgen me dirá a quien dirigir esta carta, nosotros esperamos, rezamos y Tú prepara el camino para que los tuyos puedan leerla.

Ahora, Jesús, bendícenos a cada uno de nosotros. A cada una de las personas aquí presentes les doy las gracias y tu bendición, porque han resistido a los ataques, han defendido la verdad para serte fiel a Ti y a este lugar taumatúrgico, también han encontrado resistencias y luchas en la familia, entre parientes, amigos y conocidos. Cada uno de ellos puede ser un pequeño apóstol que ha dado testimonio de ti y haz, oh Señor, que de tanto sufrimiento dividido y compartido pueda surgir la esperanza que es la certeza de la realización, permíteme contar, lo antes posible, tus planes.

Gracias, Dios Hermano, porque me has escuchado, porque tienes paciencia de escuchar también ahora mis palabras, pequeñas y pobres, pero que vienen de personas que Te aman. Gracias, Jesús, por todo, a Ti la alabanza, el honor y la gloria por todos los siglos de los siglos. Amén.

Movimento Impegno e Testimonianza "Madre dell'Eucaristia"
Via delle Benedettine, 91 - 00135 Roma, Italia
Tel. +39.06.33.80.587
Internet http://www.madredelleucaristia.it
Facebook: https://it-it.facebook.com/MIT-Madre-dellEucaristia-135976513124957/
E-mail: mov.imp.test@madredelleucaristia.it

Scan me